

El mar no cesa

Alberto Alfonsin Garcia



Image not found.

Capítulo 1

EL MAR NO CESA

Sobre el acantilado, contemplo el ocaso. Debajo, las rocas. Afiladas, irregulares, como los dientes de un gigante que finge dormir. Un cocodrilo mitológico que acecha en silencio. Enfrente, el sol se diluye en regueros de colores, malva, rosa, violeta. Desde aquí, no queda claro si el sol se está sumergiendo en el horizonte, o es el océano quien sube a su encuentro. El mar no cesa. Permanente, cambiando para permanecer. La marea retrocede aquí, se hunden barcos en China. Mi mente divaga, a la deriva. Las palabras, como la marea, golpean el espigón de mi cerebro, que yo, en lugar de con piedras y cemento, construí con arena de playa y castillos en el aire. Lo peor para una cigarra es querer ser hormiga. Las letras se engarzan unas con otras y forman palabras que lamen la inestable estructura que yo erguí como parapeto de defensa. Mi espigón se desmorona ante ellas. El mar no cesa. Sabes que el camino que recorres ha iniciado, inexorable, la cuesta abajo, cuando el verbo crecer muta en envejecer. El sol es un ojo perezoso que cierra los párpados sin prisa, convirtiendo el océano en una acuarela. El anochecer se hizo para contemplarse a solas, para reflexionar. El amanecer es para contemplarse acompañado, para planificar. Siempre creí que habría tiempo, que vendrían infinitos amaneceres. Los amaneceres continúan sucediéndose, el tiempo permanece y permanecerá, cómo el mar. El mar no cesa. Soy yo el que ha cambiado, es mi tiempo el que ha pasado, mientras yo aguardaba el mañana sentado en el acantilado. No lancé las redes, no pesqué nada. El agua toca música entre las rocas. Es una melodía rítmica, envolvente, una llamada. Todo avanzó, yo permanecí. Soñé, estático, que me movía, pero fue el mundo el que se marchaba de mi vera. Las piedras entonan su canción al compás de las olas. No es una canción, es una llamada. No sé, al final, tendré el valor que me faltó al principio. Tal vez no sea más que un último acto de cobardía. Mi tiempo se me escurrió, grano a grano, entre mis dedos ociosos. No hay peces si no te mojas el culo. El mar es el infinito, el mar no juzga, el mar no cesa.

Me lanzó al vacío, voy al encuentro del agua, o tal vez es ella la que sube a buscarme. Los dientes de piedra del colosal saurio se cierran en torno a mi cuerpo. Laceran mi piel, el dolor es momentáneo, luego cede. No quiere comerme, quiere besarme. Me entrego a él. Me sumerjo, el agua me abraza mientras se tiñe de rojo. Cierro los ojos, arrullado por la marea. El mar no cesa.